

# El Liberal

ORGANO DEL PARTIDO REPUBLICANO DE MENORCA

Año XXVI

EL DE MAYOR CIRCULACION DE ESTA ISLA

Nº 7442

## PRECIO DE SUSCRIPCION

En la Isla, al mes ptas. 1'00  
En el resto de España 1'25  
En el extranjero 2'00  
Número suelto 5 cént.

MAHON, VIERNES 17 DE AGOSTO DE 1906

## Diario de la tarde

Se insertan anuncios á precios convencionales.

Los mortuorios se admiten hasta última hora

Rebaja á los suscriptores.

TELÉFONO 86

## DESPUES DE LA TRAGEDIA

### Hablando con el maestro Hermoso

Noticioso de que había llegado á Madrid el aplaudido maestro D. Mariano Hermoso, salvado casualmente del naufragio del vapor «Sirio», creí de interés visitarlo para adquirir nuevos detalles de la tremenda catástrofe.

Próximamente á la una llegué á la casa del conocido compositor. Una portera obesa, fiel representación de la prodigalidad de Natura, me recibe entre hosca y curiosa.

—¿E. maestro Hermoso?

—Piso tercero.

—¿Derecha ó izquierda?

—No hay más que un cuarto—me responde un tanto molesta, por suponer sin duda que yo debiera estar enterado de los pormenores de la casa que fiscalizo.

Comienzo mi ascensión por la escalera interminable. Llego al fin al piso tercero y una campanilla indiscreta, por excesivamente ruidosa, anuncia la llegada del curioso periodista.

La puerta gira y en el pasillo me sale al encuentro una jovencita angelical.

—¿Desee usted?...—me preguntó turbada.

—Hablar, si es posible, con D. Mariano Hermoso.

—Mamá—dijo dirigiéndose á una habitación de la derecha—, este caballero...

Y una señora, cortés y amable, comprendiendo el objeto de mi visita, me precede por un verdadero laberinto de puertas, llevándome á presencia del maestro.

Mi amigo se halla postrado en el lecho. Aunque repuesto casi en totalidad de la impresión funesta del naufragio, multitud de heridas y contusiones, cuyas huellas se advierten en sus brazos y piernas, y una fuerte afección bronquial, lo retienen en la cama.

Cambiados los saludos de rigor, entramos de lleno en el objeto de mi visita.

**El día del suceso**

Como dije á usted en mi carta, me levanté temprano. Contrariado por no encontrar con quien entablar conversación, pues era italiano casi todo el pasaje de primera, subí á la cubierta, y sin camisa, embutido en un amplio guardapolvo y provisto de unos potentes gemelos, me dediqué á contemplar la costa próxima. Navegábamos con buen tiempo, y ni la calma del mar ni la esplendente luz del sol, que refractaba en la toldilla como en amplia cinta de plata, ni la azul intensidad del cielo, inclinaban al ánimo á otra cosa que no fuera la alegría de vivir.

Á las diez llamaron á almorzar, y pensando que mi indumentaria no era la más correcta, bajé al camarote, y poniéndome un pantalón de kaki, camisa, corbata y una americana de alpaca, únicas cosas que conservo del equipaje, me encaminé al comedor.

## El naufragio

Con igual fortuna que desde la salida de Barcelona caminamos hasta las cuatro de la tarde. De pronto nos vemos detenidos en la marcha. Un golpe seco, nada violento, paró el barco. Yo, viendo la inmovilidad de la tripulación y la falta absoluta, total, de disposiciones del capitán y de los oficiales, supuse que el accidente no tendría grande importancia y que todo se limitaría á esperar el tiempo necesario para que el buque volviera á flotar, una vez fuera del sitio en que había varado.

¡Pero no fue así! Bien pronto pude darme cuenta de la magnitud asombrosa del peligro. El barco empezó á inclinarse de la parte de estribor y á hundirse lentamente por la popa.

Maquinalmente bajé al camarote y recogí una cartera con dinero, que coloqué en uno de los bolsillos exteriores de la americana, y que no he encontrado después. En el tránsito desde la cubierta á la litera adquirí el convencimiento triste de que había llegado mi última hora, y me disponía á afrontarla tranquilo, con la relativa tranquilidad que cabe en estos lances, buscando el medio más rápido y menos fatigoso para terminar con una existencia que por momentos reclamaba el abismo.

El barco montó de pros sobre las rocas del bajo terrible. Una enorme vía de agua abierta en el fondo anegaba las bodegas y tiraba del «Sirio» hacia abajo.

Volví sobre cubierta, y la encontré invadida por la gente. Todos corrían, todos gritaban. Las imprecaciones se mezclaban con las plegarias; á las blasfemias respondían otros con oraciones y á los gritos de angustia y á los clamores del desconsuelo contestaba el eco lejano, devolviendo con burla irritante palabra por palabra, interjección por interjección.

El cuadro que ofrecía la cubierta del «Sirio» era sombrío, desgarrador, de una horrorosa sublimidad trágica.

Alguien divisó á un buque de dos palos que pasaba á una milla de distancia del sitio en que nos hallábamos. Todos, absolutamente todos los pasajeros de «Sirio» corrieron á las bandas de babor, y los gritos acrecieron, y las voces se hicieron mayores en demanda de auxilio. ¡Pero fue inútil! Nuestras llamadas no hallaron eco en los tripulantes del barco vecino; las señales que hicimos no fueron atendidas, y el vapor siguió indiferente su camino, dejándonos abandonados á nuestro infortunio.

## Entre la vida y la muerte

En tanto, el peligro se hacía mayor. El «Sirio» seguía sumergiéndose con desesperante lentitud. Ya las olas saltaban por la borda, llevándose al mar sillones, banquetes y cuantos efectos le ofrecían débil resistencia.

La inclinación era tanta, el barco era grande, y comprendiendo yo que la salvación estaba á proa, allí me encaminé, agarrado nerviosamente á la borda, patinando por la pendiente resbaladiza como poliz.

Repentinamente, el barco cayó de popa, y por las rapidas de la inmersión las aguas invadieron la cubierta en fatídico remolino de muerte, que me arrancó de la borda, llevándome violentamente al seno del mar.

Yo no sé nadar. Comprendiendo ya que mi salvación era imposible abrí la boca, resuelto á tragar agua para ahogarme cuanto antes. Pero el instinto de conservación venció á mi voluntad, y mis brazos y mis piernas se agitaron sin tregua ni reposo, y pronto gané la superficie.

Asido á un madero que ofrecía escasa seguridad, estuve un rato amarguísimo. Las aguas que me rodeaban las vi teñidas de sangre de infelices que sucumbieron luchando desesperadamente por la vida; los cadáveres me golpeaban impulsados por las olas, la carbonilla de las calderas flotaba también, mezclándose con el líquido sanguinolento que á mi pesar tragaba.

Un golpe de mar me arrancó la tabla, con la que á duras penas me defendía, y de nuevo el precipicio tiró de mí y de nuevo empezó mi orueta lucha. En ella tropecé con una cuerda, á la que me agarré convulsivamente, y al volver á la luz vi asido de la misma á un hombre más joven y menos cansado que yo, á quien dije: «Estoy rendido; me faltan las fuerzas; ayúdame usted, que me ahogo». No me contestó; mis manos débiles se abrieron de repente, mis dedos agarrotados se aflojaron y caí con pesadez, considerándome perdido para siempre.

No sé si me defendí nuevamente ó no; había perdido la noción de la vida. Recuerdo que tropecé con una escala y que, en un momento de desesperación suprema, de angustia infinita, trepé por ella, martirizando de un modo horrible mis pies descalzos los aambres retorcidos de sus peldaños.

## ¡Salvados!

Allí sujeto como pude, entizando á aquellos hierros, verdaderos potros de martirio, mis brazos y mis piernas, extenuado, jadeante, sin bríos, vi cómo el «Joven Miguel», atracada su proa á la del «Sirio», salvaba á los pasajeros de aquella parte del barco que no corrían peligro inminente.

En cambio, nosotros, á los dedos de

la muerte, esperando de un momento á otro caer para siempre en la sepultura que el mar nos brindaba, seguíamos sin que nadie ovara nuestras quejas ni prestase oídos á nuestros lamentos.

Media hora próximamente nos quedamos en esta situación desesperadísima. El patrón del «Vicenta Lacamba», haciéndose cargo de la gravedad de nuestro estado, destacó un bote á la parte de popa, donde nadie llegaba, por temor á que al sumergirse el barco los arrastrara al fondo, y uno á uno, recomendándonos la calma, nos fué transportando al «Vicenta» á más de cien naufragos.

Todas las frases de encomio, todas las palabras de agradecimiento son escasas para alabar el proceder altísimo de aquellos pobres mariseros, y todas las recompensas nulas para pagar su heroísmo.

Ellos, en la travesía hasta Cartagena, nos prodigaron consejos, procuraron levantar nuestros ánimos abatidos, nos dieron las ropas todas que llevaban á bordo, nos obligaron á tomar café varias veces, nos unieron, en fin, con una solicitud de si paternal.

Nosotros, en cambio, ateridos por el frío, con las ropas chorreando, bajo la impresión todavía del peligro espantoso y muertos de cansancio, veníamos tendidos en el fondo del falucho, hacinados en informe montón de carne macerada.

A las mujeres, casi todas desnudas, les dieron nuestros heroicos salvadores sus ropas, y con pantalones y camisetitas de hombre desembarcaron en el muelle de Cartagena.

## Buscando puerto

Quando ya no quedaba que recoger á nadie, colocados en la forma que he dicho á usted, en el falucho «Vicenta Lacamba», armaron la vela, y sorteando cadáveres y salvando obstáculos, emprendimos la marcha á Cartagena.

A la mitad del camino, la brisa que impulsaba suavemente nuestra embarcación se hizo cada vez más tenue, hasta que, encalmada casi por completo, fué insuficiente para mover el falucho, que quedó convertido en una boya por espacio de algunas horas.

La tarde avanzaba, y desde el sitio donde el viento dejó de ayudarnos se divisaba, envuelta en penumbras, la negra silueta del buque fatídico, teatro horas antes de escenas tristísimas de desolación y terror.

A las once y media de la noche, próximamente, llegamos á puerto. La emoción que sentimos al pisar tierra firme no es para describir.

## En tierra!

A poco de llegar, unos señores á quienes no he visto á ver me llevaron á un cabellón del Casino, obsequiándome con un ponche.



La población de Cartagena, regocijándose con sus fiestas, ofrecía cruelísimo contraste con nuestro arribo lúgubre.

Éramos emisarios de la muerte los que turbamos con nuestra trágica visita el regocijo popular.

Después de breve estancia en el Casino volvimos a bordo. Allí estaban aún mis compañeros de infortunio, á quienes, como a mí, injecían desembarcar, y en la proa del faucho, escondidos en las sombras, contruocados como un remordimiento, torturados en conciencia temerosa, los oficiales y el capitán del «Siro», cantadores conscientes de la hazaña espantosa.

#### El eterno expediente

Las horas transcurrían lentas, pesadas, interminables, y las autoridades, cuya presencia se consideraba imprescindible para nuestro desembarco, no parecían.

La Sanidad, que también había de certificar previamente a nuestra salida del «Vicente Lacambra», tampoco se distinguió por su diligencia. Dieron las dos de la madrugada y, protestando yo del estado en que se nos tenía, me permitieron marchar al Ayuntamiento, donde, dos horas más tarde, llegaron el resto de los salvados.

Allí estuvimos hasta la ocho de la mañana, hora en que terminó la serie de diligencias inútiles y engorrosas á que nos tuvieron sometidos. Antes de abandonar el Ayuntamiento sirvieron pan y café, que yo no quise tomar, y que devoraron mis compañeros de naufragio, quienes llevaban veintidós horas sin comer.

#### Los verdaderos culpables

Lo son, sin ningún género de duda, el capitán y la oficialidad del «Siro», y la casa productora del naufragio el comercio vituperable á que la casa armadora ó el capitán se dedicaban.

Nosotros debimos ir directamente á Cádiz, y marchábamos á Aguilas en busca de emigrantes para embarcarlos clandestinamente, y con objeto de llegar al puerto andaluz á la hora debida, caminábamos á marcha forzada y bordeando la costa para ahorrar camino.

Esto, unido á la temeridad del capitán, que agitó una rata sembrada de peligros, creciendo de la habilidad y fije para sortearlos, fué lo que determinó el terrible suceso.

Por otra parte, la indiferencia brutal, el abandono absoluto en que dejaron al pasajero en los momentos indecibles de la desgracia, han sido la causa de que haya habido ese número de víctimas, verdaderamente aterrador.

De haberse dictado en aquellos momentos de confusión acertadas medidas; de haberse impuesto con su autoridad el que llevaba el mando del barco, no se morirían en estos momentos tantas desgracias, ni se hubieran perdido tantas vidas.

—El capitán—dijo el maestro en un arranque de indignación—debía estar á estas horas fusilado por la espalda.

#### Gratitud

Se la debemos todos á la población de Cartagena. Los vecinos de aquella hospitalaria ciudad, poseídos de noble emulación, rivalizaban en el ejercicio de la caridad y ofrecían alberges y

asistencia á los naufragos, prodigándoles toda clase de cuidados.

Yo guardaré gratitud eterna á aquel noble pueblo.

Hasta aquí la interesante relación del aplaudido maestro. Distintas veces en el curso de la narración se llevó la mano al pecho y tosió con insistencia. La afcción bronquial le molestaba, según confesión propia, mucho más que las heridas y contusiones.

Yo volví á la redacción con el espíritu contristado. La exposición lenta, pausada, casi indiferente de los hechos, deja en el alma un sentimiento de profunda, de intensa amargura. Sólo cuando se le recuerda al capitán, toma su cara, quizás sin que él se dé cuenta, un aspecto terrible. Sus ojos brillan, su rostro se contrae, en contradicción de odio; á duras penas se incorpora en el lecho, y de sus labios temblorosos se escapa furibundo el anatema.

Recuerda al gran Zola, al Zola inmortal pronunciando el «J'accuse» famoso que, recorriendo abrumador los ámbitos del mundo, llevó el asombro á las muchedumbres estultas.

Y escuchando la relación fatídica, oyendo los pormenores de la catástrofe que acrecentó el egoísmo en lucha increíble con los sentimientos humanitarios más débiles, una duda se aferra en el cerebro y una sola pregunta se ocurre: ¿Quedará en la impunidad este horrible crimen de lesa negligencia?

ROGELIO PÉREZ OLIVERA.

## NOTICIAS

#### En Panamá

De Nueva York comunican que un telegrama de Panamá dice que ha sido allí descubierto un complot contra el presidente de la República; la misma noche del sábado fueron presos gran número de liberales.

#### El Sultán Turco

Siguen siendo contradictorias las noticias que se reciben acerca de la salud del Sultán de Turquía; mientras los telegramas de Viena dicen que la curación imposible y que las crisis serán cada vez más frecuentes, pudiendo ser en cada una de ellas fatal el desenlace, los telegramas de Constantinopla dicen que el Sultán está mucho mejor que ayer, habiéndose ocupado algún tiempo en los negocios de Estado y dando luego un paseo por los jardines de Palacio. Hoy se reúne en Palacio el Consejo de ministros.

#### Desmintiendo

Se desmiente en los círculos gubernamentales de París que un funcionario del ministerio de Cultos haya hecho las declaraciones de que habló el otro día la prensa acerca de las consecuencias de la negativa del Vaticano en aceptar la ley de separación.

#### Automóviles

De Bruselas dicen que la carrera del circuito de las ardenas belgas ha sido ganada por Daray con un coche «Daimler», en cinco horas, 38 minutos y 39 segundos, con una velocidad media de 106 kilómetros.

#### La entrevista imperial

En los centros políticos franceses se declara, contra ciertas informacio-

nes ajenas, que no se ha de dar mucha importancia política á la entrevista del emperador Guillermo y el rey Eduardo, pues, aunque se hablará en ella probablemente de ciertas cuestiones actuales, es más cierto todavía que no se modificarán para nada las situaciones respectivas de las grandes potencias.

#### La parada rusa

De San Petersburgo dicen que en la capital del imperio se ha restablecido la tranquilidad, y que todos los regimientos de la guardia se preparan ya para asistir á la gran revista militar que ha de verificarse el miércoles en Krasnoselo y la cual será pasada por el propio emperador.

#### Bryan

El político yanqui Bryan, candidato á la Presidencia de la República de los Estados Unidos, que se halla actualmente en París, irá más tarde á Madrid y á Gibraltar.

#### Francia y el Vaticano

«L'Osservatore Romano» publica esta tarde la contestación del episcopado francés á la primera encíclica del Papa sobre la ley de separación.

Empieza el documento haciendo constar que la opinión del episcopado francés es unánime en todas cuestiones de patriotismo y de fe, y que la voluntad del Papa será siempre la última palabra en toda clase de asuntos.

El episcopado francés califica de impía la ley de separación, y dirige al Papa vivos elogios por haberla condenado, añadiendo que el clero francés sabrá continuar la tradición cristiana sacrificándose y resistiendo á toda clase de persecuciones hasta que la fe triunfe.

Los obispos afirman que la fe es viva y fuerte en el pueblo francés; pero que un antiguo prejuicio hace creer que la fe y la policía son cosas distintas.

Pero, añade el documento, no está lejano el día en que á democracia francesa se reconcilie con Dios, y termina rogando al Papa que no retire á Francia la efusión de su cariño.

#### Últimas noticias

—De Berlín comunican que en Manchuria reina el mayor desorden y que los habitantes del país huyen por temor de matanzas.

—En una mina de Silesia se ha roto el cable del ascensor y ha costado del accidente la vida á camineros.

—Una partida de vagabundos saqueó en la noche del martes un teatro en los alrededores de San Petersburgo, hiriendo mortalmente al director.

#### Después de la entrevista

Mañana saldrá de Londres el Rey Eduardo, y en Friedrichshof se hospedará en casa de la princesa Federico Carlos de Hesse, y el jueves se dirigirá á Kronberg, en donde será recibido en la misma estación por el emperador Guillermo.

Dice el corresponsal de un diario británico que después de la entrevista que han de celebrar, los dos soberanos enviarán al Czar Nicolás una nota colectiva sobre la situación de Rusia.

#### En viaje real

El tren especial en que van los reyes de España ha llegado á Perth á las 9'10 de la mañana.

A las 11'30 ha llegado el tren á Aberdeen, deteniéndose en la estación diez minutos.

Entraron tan sólo en los andenes el lord Preboste y los magistrados pap-

lares, que ofrecieron á la Reina un hermoso ramo de flores.

En automóvil salieron los Reyes de la estación, dirigiéndose á Fyre-Castle. El yate «Giralda» ha llegado al dique seco de Southampton para ser pintado todo.

Bañándose anteayer el rey Don Alfonso en Osborne-Bay, perdió una sortija con un grueso diamante, y le fue luego devuelta por un marinero guarda-costas que la encontró.

#### Dice «El Globo»:

«Algunos hay que sueñan despiertos, dándose el gusto de fantasear que para Octubre serán Poder, y con este motivo aseguran que el Sr. Maura tiene ya formado Ministerio, faltándole únicamente ministro de Gracia y Justicia. A nosotros nos leyeron anoche la lista de ese Gabinete, que á título de curiosidad reproducimos:

Presidente, Maura.  
Estado, Oma.  
Gracia y Justicia, X.  
Guerra, Linares.  
Hacienda, Besada.  
Gobernación, Dato.  
Marina, Lacierva.  
Fomento, Allende-Salazar.  
Instrucción, marqués de Lema.  
Y además:  
Presidente del Senado, Azcoárraga.  
Presidente del Congreso, Pidal.

#### EL PROXIMO CONSEJO

##### Programa radical del Gobierno

En el próximo Consejo se planteará la necesidad de acometer el proyecto de ley de asociaciones en el sentido de responder á la política radical del Gobierno. El Consejo será transcendental.

Don Amalio Jimeno propondrá el nombramiento de una ponencia para estudiarlo rápidamente y concluirlo.

Los ministros decían esta noche que el momento culminante de la política del partido liberal, y aun de la política española, está en el regreso del rey.

Entonces irán á San Sebastián el presidente y Romanones y algún otro y expondrán al Rey la política del Gobierno para que la apruebe ó rechace. Según la decisión del Rey emprenderá el Gobierno su rumbo político. Es decir, tratará de plantear la verdadera cuestión de confianza.

En el Gobierno hay cuatro ministros de temperamentos radicales aunque sin llegar á la separación de la Iglesia y el Estado por considerarla inoportuna.

Todos los demás llevarán hasta el extremo la campaña llamada antierligal.

## MAHÓN

#### EN EL AYUNTAMIENTO

En la sesión celebrada el miércoles último, una vez terminado el despacho ordinario, usó de la palabra el Sr. Pons Sitges para dar cuenta al Ayuntamiento de lo sucedido en la Casa de Misericordia, que obligó á uno de los asilados á poner en conocimiento del Sr. Alcalde la escasa comida que se le daba, presentando el plato con la cantidad que le había correspondido en el reparto.

Como no halló el alcalde en su domicilio, pasó el asilado á exponer sus quejas al primer teniente, de lo cual y de las gestiones realizadas por éste, ya dimos cuenta á nuestros lectores en nuestro diario correspondiente al 11 de los corrientes.

Una vez explicado el caso por el señor Pons Sitges, manifestó el Alcalde, que no veía motivo suficiente para dar al hecho la publicidad que se le ha dado; que efectivamente consideraba deficiente la comida que le correspondió al asilado de referencia, pero que no se componía de seis ó siete sardinas y







